

Ibagué, 12 de junio de 1901

Señor Doctor:
Don Diógenes Gonzales
Honda

Mi apreciado amigo y confidente:

En medio de esta cruel y desagradable guerra, he decidido retomar nuestro concurrido tema de conversación en los últimos días. Revisando mis apuntes matinales, veo la sombra de lo que hasta el momento no ha sido tan favorable para mí y para todos cuyas esperanzas están sometidas a tan caritativo don como lo son las tierras fértiles de este esplendoroso valle, pero que por desdicha la furia del extraño corazón del hombre desalmado lleno de celo feroz, ha salido en busca del combatiente armado o desarmado en lugar de acariciar sus entrañas con el azadón hasta hacerlas florecer o producir. No sé si continuando esta bárbara irracionalidad de la guerra en la que se ha derramado la sangre de tantos hombres, bien sean ricos, pobres o miserables, a los que se les obliga a formar parte de un conflicto que no saben de qué trata, o mucho menos saben si tendrá fin; y como si fuera poco, ello se hace tan cotidiano como cuando el brillante sol se entrevé junto a las paredes de mi habitación, traspasando las espesa cortinas. Estaré firme ante los empujones de la vida, tal cual como deseara mi padre: hombre valiente y fiel en extremo a sus ideales, de quien ya se había extendido la fama de cuentero y charlatán en todas las fondas y cantinas del pueblo, pero quien con certeza me guio en sus consejos. En las noches de pláticas interminables y duelo con la almohada contaba sus extraordinarias y heroicas hazañas, cargadas en su mayoría del gran deseo de que nosotros –sus hijos y próximos herederos- comprendiéramos un porvenir incierto al que algún día nos tocaría enfrentar.

Aquí las cosas no andan muy bien, aunque no se han sentido mucho las hostilidades, debido a la presencia de “*un fuerte militar en el colegio de San Simón,*”¹ lo que me obligó a sacar a mis hijos de estudiar; igualmente, no tenía los “*100 pesos anuales que me tocaba pagar por*

*cada uno de mis cuatro hijos”*² y tampoco puedo mandarlos a estudiar al Colegio Mayor de San Bartolomé en Bogotá.

Mi hacienda ya no produce la misma cantidad no es tan productiva como otrora. El café se pierde, debido a la ausencia de peones, los cuales se fueron a combatir en Santander contra los godos. Como bien sabe, el café es nuestra principal fuente de ingresos, con él logré criar bien a mis muchachos; aunque ya los menores echan de menos todos los lujos que les di a los grandes, como tener la posibilidad de ir al colegio, cambiar cada 20 días de sombrero, sin contar los especiales con los que iban a misa en la Catedral de Ibagué. Antes les podía comprar 5 vestidos de paño a cada uno, ahora sólo les puedo comprar un vestido, y eso si me alcanza el oro que tengo. Y podía ocupar la carta diciéndole todos los lujos que les pude dar a los mayores, y que ahora no les puedo dar a los pequeños.

Ojalá sólo fuera la falta de peones mi único problema. También lo es el temor que siento al sacar el café seco y saber que será poco lo que podré comprar con el papel moneda que me darán por él, que ni siquiera me alcanzará para comprar los cinco bultos suficientes para mi familia y para los pocos peones que quedan en mi hacienda.

*“Aunque a bajos costos cultivo el café, su venta satisface a medias nuestro alto costo de vida,”*³ a pesar de que recibo más billetes por la misma cantidad de café, no me alcanza para cubrir mis necesidades, es algo extraño, porque antes compraba los bultos de arroz con diez billete de \$5, pero ahora necesito cincuenta billetes para pagar también la misma cantidad de arroz. No entiendo qué es lo que sucede.

Y no puede ser mejor mi suerte, sabiendo que difícilmente, y a lomo de mula, podré sacar la cosecha de café del próximo marzo, que requerirá de gran esfuerzo de mis trabajadores, de mí y hasta de mis hijos. Pero sé que usted tiene conocimiento *“del paupérrimo estado de los caminos riales, lo que me dificulta llevar los productos hasta la capital, sumada a la escasez de arrieros”*⁴.

Usted notará *“la ausencia de mercancías que salen de Colombia por el puerto de La Honda sobre el río Magdalena, que comunica al interior con el exterior del país. Como las exportaciones cayeron verticalmente; aumentó la cantidad de mercancía que llega de otros países al nuestro, debido a que ya se produce muy poco por la guerra”*⁵. Esta situación,

como usted entenderá, me obliga a subir el precio del café, aunque esto no me garantiza que le pueda obtener ganancia, o que yo lo pueda vender.

Me han llegado noticias de cuán dura ha sido la guerra allá en Santander. Las luchas entre liberales y conservadores, han dejado miles de muertos en menos de dos años de guerra, así como han sido muchos los obligados a luchar en las sangrientas batallas. Se han cometido muchas barbaries, como violaciones a mujeres y mutilaciones, y algunos casos de desplazamiento. También se murmura que la hora de la cena ya no es usada para comer, sino para planear la forma de atacar al enemigo, en lo que será una “perfecta emboscada”.

Esto me recuerda que no soy el único que ha sido perjudicado por las guerras civiles que ha tenido este país. Esto es exactamente lo mismo que le pasó a mi amigo escritor Jorge Isaacs. Recuerdo con qué gracia de poeta nos contaba sus hazañas, sus dichas y sus desgracias, que se entrecruzaron con el verde y agraciado olor de campo del Cañón del Combeima, aquí en Ibagué, en aquellas tardes de mistela, que hacían una perfecta escena para sus últimos años, y en este punto de la presente reconozco ante usted que es a Juan de Dios Restrepo a quien deberíamos agradecer el gusto de conocer a tan versátil hombre, que hasta político fue, y que llegó de Antioquia al valle de las lanzas de San Bonifacio de Ibagué.

Don Jorge Isaacs fue minero. Contaba sus experiencias en las minas, la historia de cómo consiguió su quimérica fortuna, nos explicaba que el metal de los reyes era la base de la economía siempre que los precios internacionales del café estuviesen bajos.

También nos contó las correrías que mantenía en el Congreso de la República, siendo conservador acérrimo, y después de su paso al liberalismo, llegando a ser presidente de Estado Soberano de Antioquia, hasta su derrocamiento por el General Berrío, que fue el comienzo de todas sus desgracias. *“El pobre llegó a la casa de su amigo Juan de Dios Restrepo, en la hacienda la carbonera en el cañón del Combeima en las goteras de Ibagué enfermo y sin ilusiones, pero recordaremos lo que fue su honorable vida hasta el día de su fallecimiento en 1895”*⁶.

Han pasado seis años desde entonces y como veo las cosas, tendré que aumentar los precios de todo lo que cultivo, en especial el del café. Pero me dan una cantidad enorme de billetes, que no me sirven para comprar lo que antes podía comprar para satisfacer las necesidades

de mi familia. En esta creciente ciudad, el papel moneda es misterioso, como le he dicho, porque no sirve para comprar lo que necesitamos. Por ello, la gente siempre paga en morrocotas o polvo de oro, y circulan muy pocos billetes del Banco Central. Así que he decidido esperar a que pase la próxima cosecha de café, y con la poca ganancia que me queda, sumada a la de la venta de mi hacienda, dejo una parte del dinero para asegurar la subsistencia de mis hijos, y el resto del dinero lo invertiré en la minería, como lo han hecho la mayoría de mis amigos, invirtiendo su capital en la explotación del oro, un sector floreciente cada vez más en el cañón del Combeima.

Lamento el incierto rumbo que mis trabajadores tomaran al volverme minero, tal vez no puedan subsistir en esta ciudad en la que cada día aumenta el costo de vida; pero sea la providencia divina, querido amigo, que estos dediquen sus vidas en el milenarío oficio enseñado por los importantes hombres que ya casi volverán a ser niños, cuyos cabellos blancos reflejan una ardua pero experta vida, me refiero a los artesanos y manufactureros. Estos son los ingeniosos que más toman protagonismo en algún momento; enseñan lo que antes para ellos fue enseñado pero que ahora en estos tiempos de muchas necesidades son más que necesarios. Pero esa desenfundada entrada de sombreros, ruanas, camisas y utensilios del campo de otros lados del mundo me llenan de retos e incertidumbres el alma. Dios y el estado los proteja: el primero con bendiciones y el segundo con aranceles proteccionistas para que vendan en el mercado interno ya que no pueden exportar, cosa que yo sí puedo dada la aceptación mundial del café pero con estos altos costos de producción y estos bajos precios internacionales lo mejor es preguntarnos si esta guerra fratricida dejará al menos un pequeño trozo de patria para recordar lo que quisieron nuestros abuelos y bisabuelos con el sueño bolivariano de la independencia.

Muchos piensan que bajar los precios de los artículos, pedir préstamos a otros países “(\$600.000 cada mes de guerra)”⁷ e imprimir más billetes y el cese de la guerra sea la solución de los problemas económicos de este país...no lo entiendo así. Por el contrario hasta que no haya un gobierno que apoye las libertades individuales y en consecuencia sus libertades económicas, no se verá reflejado el progreso y avance tecnológico de este país por que aunque produzcamos en pesos, no traeremos una moneda más fuerte con la venta de productos en el exterior y esto será muy difícil sino industrializamos nuestra producción.

Querido amigo, ya no soy el mismo. No soy aquel que paseaba por los campos, el que algún día entre los valles era honorable y don, ya no soy el hombre del que todo el pueblo hablaba. Tengo la incertidumbre sobre si mis hijos serán la sombra de lo que algún día yo fui. Más no pierdo la esperanza del rumor que el pueblo comenta “*de que las montañas que rodean al Valle de las Lanzas estén repletas de oro*”⁸.

Sé que el negocio será próspero, Veo con ansias las montañas que rodean este bello valle, que prometen gran riqueza para esta ciudad. Amigo mío, bien sabe usted que serán ellas las que traerán el desarrollo industrial que ya se hace necesario en el país.

Se comenta en los puertos de aquellos extranjeros que invierten dinero para producir oro en este país, con molinos de pistones y bombas de agua para sacar el oro. El sonido de aquellas potentes máquinas se oirá dulce para los oídos de hombres como yo, que van en busca de empresas distintas a la guerra para volver a tener fe en la patria, fortuna y progreso, que desafortunadamente se han perdido en tan poco tiempo de hostilidades y de miseria.

Querido amigo con esta reflexiva carta espero haberle respondido la pregunta que me ha hecho en la pasada correspondencia, la de *¿cómo me ha afectado esta situación tan difícil y tan miserable en la que se encuentra nuestra patria amada?*, también comparto y Comprendo lo que me ha querido decir usted en las últimas cartas: que algún día podremos salir de esta crisis y que no milite en el escepticismo, claro que no. Tengo la esperanza de que pronto *cesará la horrible noche de Núñez*, y que vendrá una época de prosperidad.

Espero que nuestras próximas cartas sean para contarle el éxito que tendré en este nuevo sector económico. Espero seguir compartiendo con usted la aventura del liberalismo.

Le augura y le desea prosperidad

Su amigo

Santelmo Del Basto

COMENTARIO

El presente documento contiene como valor agregado un sentimiento que en estos tiempos esta siendo revitalizado en nuestra ciudad y es la recuperación y fortalecimiento de la identidad regional, por ello y para cumplir con los requisitos del concurso nacional de ensayo convocado por el Banco de la República queremos hacer los siguientes comentarios:

- Implementamos el juego de roles como metodología que facilitó el desarrollo de los requerimientos espacio-temporales del concurso que implicó situarnos en la época.
- Para lo anterior decidimos crear un personaje que se relacionó con hechos, escenarios e individuos de la realidad histórica colombiana como Jorge Isaac, El colegio nacional de San Simón, cuya primera sede fue en el actual Banco de la República de Ibagué, el cañón del Combeima y la guerra de los mil días.
- El instrumento que encajaba perfectamente con todo y además lo unía decidimos que fuera una carta.
- Intentamos manejar un lenguaje literario que facilite la comprensión a cualquier lector de conceptos y variables económicas.
- Las citas bibliográficas son fieles en el paginado pero no en su texto. Se han utilizado en este informe como referencias inspiradoras para crear verosimilitud en la carta.

CITAS BIBLIOGRAFICAS

1. *Para contarle al olvido*. Pérez Salamanca, Camilo. Ibagué Colección Academia de Historia del Tolima. Pág.33.
2. *Ibíd.* pág. 28.
3. *Historia Extensa de Colombia*. Bogotá 1.966. Vol. XV Tomo 2. Pág.76.
4. *Historia económica de Colombia*. Tirado Mejía, Álvaro. Medellín 1.975. La carreta. Pág.155.
5. *Ibíd.* Pág.172.

6. Para contarle al olvido. Op.cit. pág. 115.

7. Historia económica de Colombia. Tirado Mejía, Álvaro. Op.cit. Pág.198.

8. Para contarle al olvido. Op.cit. pág. 121.